**Decimos «Nuestro» **

Sabemos que en la historia de la Humanidad y en nuestra historia particular Dios está actuante. Eso significa primero, que Él nos sostiene en el ser y segundo que nos habla y que nos indica cosas cada día en las circunstancias concretas y por ello cada día podemos secundar su Palabra o cerrar los oídos a ella. Él quiere decirnos cosas, hablarnos, santificarnos, concedernos el don de la conversión para que seamos felices y fecundos, fieles.

Nosotras podemos libremente decirle a Dios «*te quiero escuchar*», para ello tenemos que ser fieles a los tiempos de oración, al recogimiento, a responder principalmente con nuestras obras. La madre Teresa de Calcuta decía, que toda nuestra vida está tejida de miles de segundos que podrán ser de amor a Dios o a nosotros mismos.

**¿Rezamos sin darnos cuenta de lo que decimos?**

La segunda palabra del Padrenuestro es «*nuestro*», la cual encierra una riqueza extraordinaria. Es importante que la oración vocal esté llena de alma y que, cuando recemos los salmos o las oraciones aprendidas las recemos con intensidad.

**«Nuestro»: hemos sido hechos Cristo**

Esta palabra, nos lo explica san Agustín, nos debe remitir, en primer lugar, a la posesión que Dios tiene de nosotras. Puedo decirle que es mío «*Dios mío*», porque Él me ha dicho a mí «*hijo mío*», porque soy posesión suya. «*Tú serás mi pueblo*», fue una de sus promesas. No nos pertenecemos, somos de Dios. Todo nuestro ser, nuestro tiempo, nuestra voluntad, nuestra libertad, nuestro cuerpo, todo es de Dios.

Podríamos decir «*Padre mío que estás en el cielo*», pero decimos «*Padre nuestro*», así nos lo enseñó Cristo. Dice santo Tomás que hace referencia a «*la unidad del cuerpo de Cristo*». ¿Quién es el Hijo de Dios?: Cristo, Él es el Hijo, y yo ¿Quién soy? pues hijo en el Hijo por mi bautismo. Hemos sido revestidos de Cristo y podemos llamar a Dios «*Padre*» unidos a Él y unidos al resto del cuerpo de Cristo, que es toda la Iglesia y por ello esta oración se convierte en una *oración profundamente eclesial*.

Dice san Agustín comentando el evangelio de san Juan «*Felicitémonos y demos gracias por lo que hemos llegado a ser, no sólo cristianos, no sólo discípulos de Cristo, sino Cristo mismo*», somos el cuerpo y Cristo es la cabeza.

Cuando decimos «*nuestro*», estamos diciendo, «*mi filiación divina es inseparable de tener a Cristo como cabeza y a la Iglesia como parte de mi cuerpo*», por ello es profundamente eclesial.

Somos miembros de Cristo en la Iglesia, al decir «*nuestro*» estamos diciéndole al Señor: «*Señor quiero vivir en comunión contigo, en comunión con la Iglesia*», «*lucho por vivir en comunión contigo, Dios mío*».

Explica el santo: «*tú ya no puedes entenderte sin Cristo y sin la Iglesia. Ya no eres nada sin Cristo y sin la Iglesia, estarías decapitado y sin parte de tu cuerpo, serías deforme*».

**Comunión con los hermanos que son imagen de Dios**

Dos aspectos de este «*nuestro*»:

Santo Tomás nos dice que a lo primero que nos lleva el decirlo es a **reconocer en los demás que son hijos de Dios** y por ello a respetarlos como lo que son, **respetar esa dignidad** independientemente del lugar que ocupen. Aprender a mirar a los demás tal y como Dios los mira, como «*hijos*», puesto que lo más importante que hay en el otro tiene que ver con Dios, la imagen que de Dios hay en él. El santo distingue entre «*vestigio*» e «*imagen*»: en toda criatura material hay vestigios de Dios, pero no hay imagen; en la criatura humana hay imagen de Dios, estamos hechos a su imagen.

Nos lleva a **amarles**, amo a Dios en ellos. Hay veces que nos puede costar amar, pero hay un estado anterior: el respeto. «*No digan que aman a Dios al que no ven y no aman a su hermano a quien ven*». Cuidar el no ver a los demás como medios para conseguir mi fin. El respetar su dignidad es tratarlos como hijos de Dios, querer en ellos la santidad, ver lo que son delante de Dios.

Jesús nos está proponiendo una manera de relacionarnos con Dios que rompe nuestro arraigadísimo individualismo. No estamos solos en el mundo, hay otros y por lo visto no será posible desentendernos de ellos cuando nos dirijamos al Padre.

En Gen 4, 9 el Señor pregunta: *«¿dónde está tu hermano?»* y hoy sigue planteándonos la misma pregunta. Tendemos a enfatizar nuestra filiación y a negar la fraternidad, pero el Padre no nos deja.

En la parábola del hijo pródigo Lc. 15, 11-32 cuando el hijo mayor habla con su padre del que se fue, le dice: «*este hijo tuyo*», como dado a entender que él no tiene nada que ver con aquél y el padre en cambio le replica: «***este hermano tuyo***», para remitirlo a la verdadera relación que lo une al otro, aunque no le guste.

Jesús nos está proponiendo un modelo de vida que es para nuestro bien, para nuestro crecimiento, para nuestra salvación.

**En comunión con Cristo**

«*Padre nuestro*» significa que yo estoy diciendo: «*Tú eres mi Padre*», por lo tanto, es decir que me sé tu hijo, vivo como hijo en el Hijo, porque estoy en comunión con Cristo. Y si estoy en comunión con Cristo es porque estoy en comunión con el Cristo presente en medio de la Historia, es decir, con la Iglesia, cuerpo místico de Cristo. Mi comunión con Cristo es inseparable, por tanto, de mi comunión con la Iglesia.

**La Oración Sacerdotal de Cristo en la Última Cena**

Por eso impresiona tanto aquella oración de Cristo justo en el contexto de la Última Cena. Acaba de lavar los pies a sus discípulos y comienza a orar, abre su corazón: es Su Oración Sacerdotal (Jn 17) con ella podemos entrar en Su Corazón, «***esta es la vida eterna, que te conozcan a Ti*…**» «***Padre Santo, cuida en Tu nombre a los que me has dado***» ¡Está rezando por nosotros! «***para que sean uno en nosotros***», «…*Que todos sean uno, como Tú; Padre; en mí y yo en Ti; que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que Tú me has enviado*…». La unidad nuestra es en Cristo.

Que en la palabra «**nuestro**» podamos entrar, con eficacia, en la dimensión de la comunión; que haya una súplica confiada al Espíritu Santo «hazme vivir en caridad, hazme vivir en comunión». Esta palabra nos invita a reconocer que el amor al Padre necesariamente tiene que pasar por el amor al hermano.

Fuimos hechos para alcanzar nuestra verdadera plenitud sólo en el amor: al ser amados y al amar. Sabernos amados por Dios y a su vez corresponder a Su amor. Tú aprendes a descubrir a Dios en los otros y los otros aprenden a descubrir a Dios en ti.

Ese Padre al que debemos amar, se ha Encarnado, se ha hecho Hombre, se ha convertido en uno de nosotros, vive en nosotros, vive en ti y junto a ti, oculto en el otro, esperando que lo descubras y que lo ames.

**Práctica semanal**: Preguntarme cada día ¿cómo viví mi fraternidad?, ¿Respeté a mis hermanos?, ¿Descubrí la dignidad que poseen?, ¿Amé a Dios en mis hermanos?, ¿Busqué la santidad de mis hermanos?, ¿Viví en comunión con lo que la Iglesia enseña?.